

*Laudatio del Profesor Doctor D. Dámaso López García
con motivo de la investidura como Doctor "Honoris Causa"
del*

Excmo. Sr. Dr. D. Giorgio Napolitano

Excelentísimo señor Rector Magnífico, excelentísimo Presidente de la República de Italia, excelentísimas e ilustrísimas autoridades, señoras y señores, estudiantes, compañeros y amigos.

La Universidad Complutense se honra al recibir en su claustro a quien representa los méritos políticos de su país, Italia, mediante el desempeño de su más alta magistratura, la presidencia de la República. Considero que nada más apropiado que sea una Facultad dedicada al estudio de la palabra, la Facultad de Filología, la que (conjuntamente con la Facultad de Ciencias Políticas), haya propuesto al Consejo de Gobierno de la Universidad Complutense de Madrid la concesión del doctorado *honoris causa* al Excmo. Sr. don Giorgio Napolitano. En la Facultad de Filología tiene su sede el único departamento universitario de Filología Italiana de la Comunidad Autónoma de Madrid. Se trata de un departamento en el que se estudian la lengua, las creaciones literarias de Italia y su cultura. También quiere incluir esta propuesta de ambas facultades el sentimiento de los numerosos antiguos alumnos del Liceo Italiano, una de las más prestigiosas instituciones de enseñanza secundaria de nuestra propia ciudad, una institución que ha proporcionado no pocos profesionales y alumnos a nuestra Universidad y a nuestra sociedad.

Considero que la relación de los méritos que acreditan esta propuesta es apropiada para que su defensa nos incumba a quienes tenemos por oficio reflexionar sobre la naturaleza de la comunicación humana, sobre la palabra.

Al proponer esta candidatura, la Facultad de Filología ha querido expresar el reconocimiento a una dilatada labor profesional que, aunque se ha centrado de forma casi exclusiva en el mundo de la política, el derecho y la economía, no ha dejado de tener una influencia muy directa en los asuntos que se integran en la esfera de intereses académicos e intelectuales del centro al que aquí represento.

Sin duda, el ejercicio de la política y la Facultad de Filología tienen en común algo que acaso entre otros estudios no sea tan inmediatamente evidente: el vínculo de la palabra. La comunicación humana verbal, su naturaleza, el estudio de las lenguas y del uso que de ellas hacemos, hallan un espacio común con el estudio de la ciencia política cuando se reflexiona sobre el hecho de que los parlamentos y, en suma, toda forma de interacción humana y política, exigen que los seres humanos nos comuniquemos mediante la palabra.

Con independencia de los cargos de carácter ejecutivo que ha desempeñado el doctor *honoris causa* que hoy se incorpora a nuestro claustro, el rasgo que acaso mejor lo define como político es el hecho de haber ocupado durante largos años un escaño en el Parlamento Italiano y, posteriormente, en el Parlamento Europeo. Es decir, Giorgio Napolitano ha desempeñado las funciones de parlamentario durante un dilatado período de su vida, un período profesional que en algunos de sus aspectos formales se prolonga en la presidencia de la República. Se ha dedicado durante todo este tiempo a practicar las diversas artes de la oratoria y la retórica, en el terreno de la práctica, allí donde la retórica y la oratoria se hallan al servicio de muy concretas necesidades. Así lo hacía constar, por ejemplo, en una intervención suya de 1999 en Estrasburgo:

Hay que dejar de mirar el Parlamento como si planteara, no se sabe bien, qué pretensiones e imposibles peticiones. Nuestras propuestas no son el reflejo de un esquema abstracto y no son un lujo, sino reflejan exigencias objetivas e ineludibles de reforma global de las Instituciones de la Unión.

Me interesa detenerme, siquiera sea con brevedad, en la propia palabra, «parlamento». Antes que el lugar destinado a debatir los asuntos públicos, «parlamento» fue en lengua española, retrotrayéndose al último tercio del siglo XIV, palabra que en un corto espacio de tiempo se estableció como un vocablo de gran utilidad. Se sirve de él, por ejemplo, el canciller. Pero López de Ayala, en una de las primeras apariciones escritas de esta voz, de su traducción de *Las décadas* de Tito Livio, explica en un glosario que agrega a la obra el sentido de algunos vocablos nuevos a los que ha dado carta de naturaleza. «Conción, público parlamento o sermón, que quando algún príncipe fazía algún sermón o alguna luenga fabla en público a los de su hueste, por los tirar miedo o les mudar algún propósito, era dicho qu'el concionava a ellos, (que quiere dezir, que fablava o pedricava)». Se lleva a cabo esta traducción poco antes del año 1400, pero ya había empezado a gozar esta palabra del interés de los hablantes en la segunda mitad del siglo XIV. El vocablo *parlamento*, más tarde, dejó atrás su significación como 'diálogo', 'sermón' o 'discurso', para convertirse en el lugar en el que las personas se reúnen para escucharse unas a otras, para convencer y convencerse con las razones de los reunidos. Pero, para llegar a ese significado, aún faltaban tres siglos aproximadamente, sólo en el siglo XVIII, y no en sus primeros años, se fija el sentido de parlamento como 'cámara o asamblea legislativa' o el 'edificio' que alberga ésta. El término con el que en el pasado se había designado en lengua española la reunión de representantes para debatir asuntos políticos era el de *cortes*, que ya está atestiguado durante el siglo XII con el sentido que sigue teniendo en la actualidad, pero, sin duda, con una etimología menos pacífica que la de Parlamento, pues las cortes españolas provienen de la *cohors* de la Legión Romana, la décima parte de una legión. Si el parlamento, palabra romance, francesa, del verbo *parler*, 'hablar', da origen a la institución en la que los ciudadanos se reúnen para hablar, por su parte, la palabra *cohors*, del latín, y acaso la palabra *curia*, también del latín, confluyen para crear la palabra *corte*,

con el sentido de la residencia de los soberanos, es decir, la residencia del poder ejecutivo. Bien se ve que el Parlamento y la comunicación humana comparten una misma raíz en la historia de nuestra lengua. En cualquier caso, el nuevo doctor a quien hoy recibe en su claustro la Universidad Complutense de Madrid ha desarrollado a lo largo del tiempo una labor virtualmente exclusiva en el campo de la actividad parlamentaria. En el año 1953 recibió por primera vez su acta de diputado, puede decirse que su actividad como parlamentario sólo cesa con su nombramiento como Presidente de la República en el año 2006. Durante todo este tiempo, con muy breves intervalos de carencia, su ocupación fundamental fue la de las actividades parlamentarias, primero en su propio país, posteriormente en el Parlamento Europeo.

Esta vocación política no se fijó de forma definitiva sin dejar atrás otras inquietudes, concretamente, las inquietudes artísticas que en su juventud, como estudiante en Padua, como estudiante de la Universidad de Nápoles Federico II, lo llevaron a participar en algunos papeles en obras de teatro y a dirigir, por ejemplo, una revista dedicada a las artes escénicas, *IX Maggio*. El propio Giorgio Napolitano se ha referido a «la mia passione per il teatro»¹. La situación política de su país lo obligó a dejar atrás sus aficiones artísticas y lo condujo a la actividad política. Pero hablar de la vocación, acaso frustrada, de Giorgio Napolitano, por las letras no es un simple lamento o tal vez un adorno más en la biografía de una persona que ha desempeñado su actividad profesional en un campo ajeno al del cultivo de las letras. Quien haya leído su autobiografía podrá señalar que en esta obra el censo de escritores y de obras literarias mencionados no indica un interés dominical o circunstancial. Se trata de una preocupación que recorre una amplia nómina que comprende autores como Ungaretti, Quasimodo o Curzio Malaparte, entre las lecturas juveniles, pero que en las últimas páginas de esta obra todavía halla ocasión para exponer sus ideas y refinarlas mediante un diálogo en el que se interpela la obra de autores como Thomas Mann, Immanuel Kant o Friedrich Schiller. Y es precisamente cuando habla de Thomas Mann cuando da expresión a sus ideas sobre las diferentes formas de experiencia social que al presidente Napolitano le parecen relevantes:

Così, tra le mie prime letture politiche fuori degli schemi di partito vi fu una raccolta di scritti di Thomas Mann, che venne pubblicata in Italia nel gennaio 1947 col titolo *Monitti all'Europa*. Mann diviene poi, ed è sempre rimasto, l'autore a me più caro, non solo per il fascino delle sue creazioni letterarie, ma per la profondità della riflessione - che ha attraversato tutta la sua opera, e ha portato l'impronta drammatica del suo tempo - sul rapporto tra politica, cultura e democrazia. (Págs. 316-317).

¹ Giorgio Napolitano, *Dal Pci al socialismo europeo. Un'autobiografia politica*, Laterza, Roma, 2006, pág. 4.

Las relaciones entre la política, la cultura y la democracia, de la mano del narrador y pensador alemán, han figurado como eje cardinal en torno al cual ha girado la actividad y la reflexión de Giorgio Napolitano en el curso de su actividad como diputado. Esta actividad como parlamentario abarca un período histórico considerable. Que se caracteriza, además, por ser uno de los períodos de paz más largos de la historia europea y uno en el que más proyectos de construcción internacional se han iniciado o se han concluido. Comienza la actividad del joven diputado dirigiendo sus inquietudes hacia lo más inmediato, hacia el estado en el que se halla la Italia de la que más próximo se siente y a la que representa, tanto en el Parlamento como en las instancias políticas en las que desempeña un papel significativo. Su licenciatura en Derecho, de 1947, se alcanza con una tesina que es testimonio elocuente de sus preocupaciones: *El frustrado desarrollo económico del sur de Italia tras la unificación y la ley especial para Nápoles de 1904*. Tal parece como si a lo largo de la vida de Giorgio Napolitano pudiera describirse una trayectoria que se dirigiera desde lo más exclusivamente local hacia las formas más complejas y más amplias de organización de las relaciones políticas: el Mediodía de Italia, la propia Italia, la Unión Europea y la comunidad internacional. Esta trayectoria sigue una dirección que, sin dejar atrás nada, va indicando en el recorrido que describe diferentes formas de ver los problemas políticos con los que sucesivamente se enfrenta el parlamentario italiano. Diferentes formas de ver los problemas políticos que se relacionan, de forma muy directa, con acontecimientos respecto de los cuales puede decirse que siguen la misma trayectoria que el propio Giorgio Napolitano. El expresivo título del por ahora último de los libros publicados por su autor, una autobiografía política, describe la transformación política de esta evolución, *Dal Pci al socialismo europeo. Un'autobiografia politica* (2006). Un libro en el que el autor vuelve a esa vocación frustrada por intereses de índole más apremiante, por intereses políticos. La autobiografía política de Giorgio Napolitano no es sólo un documento de primer orden para conocer el punto de vista de un observador privilegiado, «il mio è un racconto riferito solo a vicende e momenti che ho direttamente e personalmente vissuto» (pág. VIII). Este punto de vista exclusivamente personal, subjetivo, de quien es observador y actor simultáneamente, le sirve a su autor para dar forma a un juicio que debe completar el lector por su cuenta. Pero al autor le interesa no sólo establecer un punto de vista propio, sino reflexionar sobre el ejercicio de la política, un ejercicio al que no atemperan unas circunstancias poco propicias, en ocasiones, para subrayar lo que de humano y de humanismo hay en la acción política. No es sorprendente ni extraño que en las últimas páginas de este libro se reflexione sobre la importancia de la cultura en la política: «Non mi rammarico, comunque, del modo in cui he concepito e praticato l'impegno politico. Di certo, considero grave e allarmante l'impoverimento culturale che la politica ha subito; e non me riconosco negli atteggiamenti oggi prevalenti» (pág. 331). No es sorprendente ni extraño que se condene una forma de hacer política que ha hecho de ésta una técnica a la que se han subordinado en no pocas ocasiones los medios de comunicación.

La trayectoria que describe el interés político de Giorgio Napolitano se inscribe en una evolución que, como he señalado, ha recorrido juntamente con muchos otros europeos. Si su dedicación a la política italiana nace de una convicción que es tanto política como moral, su futura dedicación como parlamentario europeo exhibirá características semejantes:

Continuavo in realtà a soffrire insufficiente approfondimento e convizione dal lato «ideologico», ma sempre più forte si era fatto in me l'impulso politico e, direi, l'impulso morale, il censo della necessità di un impegno concreto a operare in una realtà sociale dolorante, carica de ingiustizie a di misere, in una drammatica emergenza come quella napoletana, tra la difficoltà di una ricostruzione che stentava ad avviarsi e le eredità pesante e visibili di una storica arretratezza. (Págs. 13-14).

El joven político parte de unas condiciones en las que se acumulan las dificultades y los obstáculos. Las motivaciones de su actividad política no nacen de la reflexión teórica y del debate ideológico, sino de la constatación de unas condiciones de vida que exigen una actividad desde la que se trasciende el debate ideológico. No puede decirse sino que en su decisión se halla acompañado de la comprensión y las palabras atribuidas a un compatriota suyo: «el secreto para que se hagan las cosas consiste en hacerlas». Parece como si Giorgio Napolitano hubiera seguido la indicación de Dante para tomar una decisión que iba a constituir su vocación futura.

Si las palabras anteriores pueden fecharse a finales del año 1945, el ya veterano político, en el año 2002, sigue hallando obstáculos que habrá que superar. Su postura ante las dificultades con que se enfrentaba la aprobación de una futura constitución europea recuerda las motivaciones que lo empujaron a entrar en la política activa:

Ha llegado el momento de la claridad, ha llegado el momento de pasar a una explícita caracterización de la entidad, por encima de las naciones, que ha tomado forma poco a poco hasta darse una moneda única. La Convención tendrá que decir lo que somos y lo que queremos. El hecho de que la Europa Comunitaria haya representado una construcción original, sin precedentes históricos y sin modelos precondicionados, no puede significar que siga siendo algo inefable, no definible y, mucho menos, que se quede incompleta. Tenemos que contestar a interrogantes legítimas de los ciudadanos y tenemos que presentarnos como una unión que tiene un diseño propio, que se da equilibrios institucionales claros, que se reconoce en una Constitución que quiere ejercer un fuerte papel internacional y que, por lo tanto, se da a sí misma una personalidad jurídica. (13 de marzo, 2002).

El empeño político de Giorgio Napolitano, recogido en declaraciones como ésta y en otras similares, se inscribe en la Declaración de Laeken de 2001. Se trataba y se trata de conseguir mayor democracia, eficacia y transparencia para las instituciones europeas. Algo vital para la credibilidad de éstas. Si la

actividad política del joven Napolitano estaba condicionada por unas circunstancias sociales que el propio autor describe como «dolorosas», la actividad política del representante parlamentario europeo profundiza en un modo de entender las cosas y de hacer las cosas que tiene en cuenta las circunstancias materiales y las posibilidades reales. Las interrogaciones que se hacen los ciudadanos siguen la línea de las preocupaciones expresadas por el autor de las palabras arriba transcritas: se trata de dejar a un lado lo inefable, lo inconcreto, lo incompleto. Es precisamente en ese campo del hacer, antes que en el espacio del debate en torno a problemas de difícil concreción, donde las políticas europeas han cosechado algunos de sus más logrados éxitos. El impulso de políticos como Giorgio Napolitano no ha dejado de sentirse en el campo que nos brinda un marco y un sentido para esta reunión. La Universidad Complutense, a lo largo ya de varios años, se ha distinguido por impulsar y favorecer la creación de un Espacio Europeo de la Educación Superior. Tal vez, como la primitiva Comunidad Europea del Carbón y del Acero, de la que finalmente nació la Unión Europea, las necesidades y los acontecimientos han ido acaso un poco por delante de las formulaciones políticas adecuadas para recoger estas aspiraciones. Primero nacieron unos intercambios entre estudiantes de diferentes universidades, los programas Erasmus. Se acompañaron estos intercambios de unas normas que permitían el reconocimiento de los diferentes niveles educativos y el reconocimiento de estudios y calificaciones. Nacieron la transferencia, acumulación y reconocimiento del rendimiento académico de los estudiantes, mediante una unidad que se denominó «crédito». A continuación, se estudió la conveniencia de reordenar los estudios de todas las universidades europeas mediante criterios que permitieran su comparabilidad y su convalidación, es decir, se redefinió toda la actividad educativa en torno a unos criterios que, inicialmente, habían nacido con el único fin de propiciar la comparación, pero, una vez conocidos, se vio que era conveniente adoptarlos como propios, puesto que facilitaban la labor de reconocimiento que había propiciado su nacimiento. Finalmente, se propusieron criterios para que los diseños del contenido de los títulos y su certificación reunieran aspectos homogéneos y compartidos por todas las universidades europeas. La legislación española se halla sometida a reformas que conducen a la implantación plena del Espacio Europeo de Educación Superior. Éstas son las consecuencias directas de una forma de entender la política que debe asociarse al nombre de Giorgio Napolitano. No ha sido la educación el campo de la acción política al que haya dedicado más esfuerzos, pero el campo de la educación comparte ese mismo impulso de crear una forma de organización propia de Europa que se reconozca en todas las esferas de su actividad legislativa. En este sentido, sí puede afirmarse que su actividad y el impulso que ha dado a estos aspectos de la construcción europea guardan una relación que bien puede aplicarse al terreno de las reformas legislativas de la universidad. Se trata de un proceso que aún no ha concluido, pero es un proceso que ha contribuido ya de forma significativa a alterar y renovar el mapa de los estudios universitarios en nuestro país.

Las relaciones internacionales, europeas, son vitales para todos los estudios universitarios. Lo son para las universidades europeas y lo son para

nosotros. Me permito decir, sin embargo, que si bien para todas las facultades de la Universidad Complutense son importantes, para la Facultad que aquí represento son vitales. En nuestros estudios figuran todas las lenguas y todas las culturas de Europa, por lo tanto, de la relación, del intercambio, del contacto científico entre el profesorado y los estudiantes, ha de nacer la excelencia de nuestros estudios.

Pienso que la concesión del doctorado *honoris causa* al Excmo. Sr. don Giorgio Napolitano tiene un sentido y una oportunidad que he querido desglosar, aunque con brevedad, en estas palabras. En primer lugar figura su proyección internacional como máximo representante de un país cuya cultura, lengua y obras literarias se estudian en la Facultad de Filología; en segundo lugar debe mencionarse que su actividad profesional se ha vinculado siempre al cultivo práctico de la palabra, a su actividad como parlamentario, primero en su país, después en las instituciones europeas; debe considerarse, asimismo, en tercer lugar, que las políticas que ha impulsado y defendido a lo largo de su vida han estado relacionadas siempre con el sentido de la oportunidad y con las demandas reales, con las necesidades más acuciantes de aquellos a quienes representaba; por último, en cuarto lugar, debe tenerse en cuenta que su impulso, desde su puesto como representante en el Parlamento Europeo, ha contribuido a configurar un mapa de relaciones europeas que es el mapa que se ha levantado desde las instancias educativas españolas de educación superior y desde nuestra propia Universidad. Estas consideraciones justifican la concesión del doctorado *honoris causa* y son un motivo de orgullo y de honra para una institución que desea incorporar a su claustro a cuantas personas acrediten, mediante su obra y su ejemplo, la excelencia en la esfera de sus actividades.